

La pieza del mes. 27 de abril de 2019

Museo Arqueológico Municipal de Jerez / Asociación de Amigos del Museo

UN INUSUAL PLATO DE TRIANA

Dr. Alfonso Pleguezuelo Hernández
Universidad de Sevilla



Introducción

Hace ya unos años, en una de mis visitas al Museo Arqueológico de Jerez de la Frontera, al que acudí invitado a comentar una obra de sus colecciones, su directora, doña Rosalía González me preguntó qué otra pieza de las expuestas como fabricadas en Sevilla me parecía interesante para la siguiente ocasión en que participara en el ciclo "La pieza del mes". La respuesta se me hacía difícil porque de ese tema -del que me ocupó con frecuencia- son muy numerosas e interesantes las obras que este Museo tiene expuestas y en reservas. De hecho, a quien me pregunta por algún lugar en el que ver una buena colección de cerámicas antiguas sevillanas acostumbro a remitirlo a este museo porque, en realidad, no tenemos en Sevilla ninguna colección tan completa de vajilla moderna de producción local. Y esta colección refleja también que Jerez de la Frontera fue un importante lugar de consumo de lozas fabricadas en Triana que debieron llegar con facilidad por vía terrestre o fluvial. Este hecho ya quedó demostrado hace años cuando estudié las ricas y variadas vajillas usadas en la Cartuja de la Defensa (Pleguezuelo, 1999). Entre tanta pieza interesante como posee el Museo de Jerez, el plato que aquí será comentado, siempre llamó mi atención por lo infrecuente que resulta el género al que corresponde (FIG. 1).

También hace unos años un buen amigo que es de los colegas nacionales que mejor conocen la azulejería holandesa en España: Alfredo García Portillo, me envió imágenes de cinco azulejos, pintados de color negro-morado, pidiéndome opinión sobre su posible origen (FIG. 2).

A su pregunta respondí con otra demanda en que le pedía me informara sobre los grosores que tenían tales azulejos, aparentemente muy semejantes pero que intuía de dos orígenes diferentes. Ese dato me serviría para confirmar mi primera impresión obtenida por la simple observación de los motivos que los decoraban. Y en efecto, la diferencia de grosor entre dos de ellos, más finos, y los otros tres, bastante más gruesos, me hizo confirmar, junto a los argumentos de estilo, que los dos primeros eran holandeses y los tres últimos, estaba fabricados en Triana, en el siglo XVIII. Al estar todos ellos pintados en este color tan inusual dentro de lo que conocemos como loza trianera tradicional la deducción era inevitable: ¿reflejaban los tres azulejos de Triana el seguimiento de un modesto, no solo decorativo sino también cromático, dictado por los productos importados desde Holanda? La siguiente reflexión iba en la misma línea: ¿era el plato pintado en manganeso expuesto en el museo un efecto más del mismo fenómeno, esta vez reflejado en el campo de la vajilla?

Hace tan sólo una semana el arqueólogo José María Gu-



Fig. 1 Plato. Museo Arqueológico de Jerez de la Frontera (Cádiz). Foto MAMJerez

tiérrez, director del Museo de Villamartín (Cádiz), me enviaba amablemente imágenes de fragmentos de piezas de vajilla hallados en excavación por él y por su esposa Maria Cristina Reinoso, fragmentos que, audazmente, habían visto asociables al plato que hoy nos ocupa (FIG. 3).

Veremos que la vinculación confirma que este tipo de piezas eran muy de la preferencia de la población de la comarca gaditana. Los fragmentos en cuestión,



Fig. 2. Azulejo. Triana. Siglo XVIII. Col. Particular. Cádiz. Foto cedida por don Alfredo García Portillo

habían sido hallados respectivamente y según me informó J. M. Gutierrez, en la calle Salvador, de Jerez, en la Torre de la Merced, de Rota, y en el castillo de san Romualdo, de San Fernando, todas ellas localidades gaditanas muy vinculadas al comercio de ultramar y al mantenido con Sevilla-Triana por el Guadalquivir ¹.

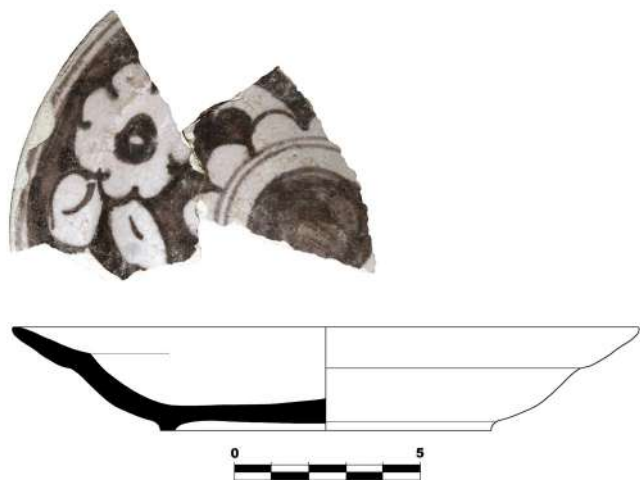


Fig. 3. Fragmento de plato hallado en la Torre Merced (01 Rota, UE 1022, 1253). Foto cedida por don José María Gutiérrez

No es misión de este breve trabajo adentrarse en algo que los individuos del mundo contemporáneo olvidamos con frecuencia: que los colores artificiales espe-

cialmente los menos comunes en la naturaleza, fueron en el pasado, algo que estaba solo al alcance de los más poderosos. No conviene olvidar que la Revolución Industrial y la moderna química aplicada han supuesto una absoluta democratización de los colores y tampoco que esto no fue así en el mundo antiguo y medieval.

Y esta idea acude a mi mente por el hecho de que ese fue el caso del color del que aquí tratamos: el magenta, también llamado púrpura en algunos de sus variados matices aunque hay que reconocer que la dificultad de acceso al mismo no se producía tanto en cerámica cuanto en el tejido. En el mundo antiguo y medieval la inmensa mayoría de los vestidos eran de los colores de la lana de oveja y del cuero de vaca. Pero ni las ovejas ni las vacas tiene el pelaje de color verde, ni azul, ni rojo sino crema y pardo. De algunos tipos de lana y de algunas plantas, como el algodón y el lino, podían hacerse tejidos naturalmente blancos para las prendas interiores pero ¿cómo teñir los tejidos de esos otros colores tan atractivos?

Lo cierto es que en aquellos tiempos remotos sólo los poderosos vestían trajes de colores vistosos. El azul no se conocía en la Roma Clásica y el rojo púrpura, sólo estaba reservado para las instancias más altas del poder: los generales del ejército, algunos patricios y los emperadores. No es casual que Justiniano, emperador de la Roma de Oriente en el siglo VI, aparezca en los mosaicos que decoran su capilla palatina en San Vital de Ravena vestido con túnicas de color púrpura y que sus ministros más cercanos lleven solo una banda púrpura en sus túnicas blancas. El caso de Teodora es semejante como se puede ver en su traje y en el de sus ministros. Las damas de su séquito personal, en ese mismo mosaico, llevan ricas telas de colores pero el púrpura solo le está reservado a ella, a su familia y sus más íntimos. Acostumbra a llamar la atención en estos mosaicos la cantidad de perlas y piedras preciosas con que los emperadores se adornaban, pero más allá de las joyas es el color de su túnica lo que los cualifica como máximas autoridades y no debemos olvidar que el uso de los colores ha estado en el pasado mucho más codificado socialmente que en la actualidad.

En el mundo de los tejidos, el morado se conseguía con las glándulas de un caracol marino: el que en Andalucía llamamos cañadilla. Este secreto ya se conocía desde la prehistoria y por supuesto fue un color de enorme importancia en el mundo romano. El problema residía en que para lograr 30 gramos de tinte eran precisos muchos miles de caracoles y ello convertía este color es un lujo al alcance de muy pocos.

(1) Agradezco los mencionados datos de materiales inéditos a don Alfredo García Portillo y a don José María Gutiérrez

Michel Pastoureau, autor que ha escrito entre otros libros sobre la historia de los colores, la del rojo y la

del azul no ha llegado a escribir la historia del púrpura tal vez porque es un color a medio camino entre estos dos últimos y, de hecho, trata del mismo en ambos libros, especialmente en el dedicado al rojo (Pastoureau, 2016). Esto nos hace recordar que el color es un fenómeno que abarca muchos campos uno de ellos es la cerámica pero hay otros en los que ha tenido mucha mayor trascendencia, por ejemplo en el mundo textil y, por tanto en la historia del vestido. Ese es el color que nos ocupa en este caso.

Dado este primer toque de atención sobre el valor material y simbólico de los colores, el primer problema que se nos plantea si tenemos que comentar el plato elegido es que no sabríamos decir con total seguridad con qué color está decorado ¿es negro?, ¿es morado? El problema procede del hecho de que el mineral con el que se obtienen ambos colores en cerámica es el mismo: el manganeso y dependiendo de sus impurezas y de su concentración química, ofrece varios tonos que van del negro más intenso al morado más ligero. Pero el morado, o si lo llamamos con su nombre clásico, el magenta es, en principio un color ambiguo y sus fluctuantes variables abarcan tanto los tonos brillantes como los apagados, los vivos como los mortecinos, los alegres como los tristes. La propia variabilidad de las palabras coloquiales españolas que lo designan, siempre vinculadas a determinadas plantas: morado, violeta, lila, etc. testimonian su propia ambigüedad.

El contexto

Al concluir que nuestro plato estaba pintado con manganeso acudieron a mi mente la enorme cantidad de azulejos y piezas de vajilla que recordaba pintadas con manganeso en los talleres cerámicos de Holanda y la cantidad de azulejos y tal vez lozas holandesas que llegaron a la Baja Andalucía en el siglo XVII y XVIII, un asunto que, tengo entendido no ha llegado a ser analizado en detalle en nuestros abundantes materiales arqueológicos y que nos hubiera sido de enorme utilidad en esta ocasión. Me pregunté entonces en qué contexto había aparecido la pieza expuesta en el museo y fui amablemente informado por nuestra Directora de los datos de este hallazgo. La autora del mismo fue la arqueóloga Olga P. Macías García, quien lo recuperó en un pozo-basurero explorado (UE 39) en unas excavaciones de 2008, en la parcela nº 5 de la calle Taxdirt, de Jerez de la Fra. (Macías, 2008).

Lamentablemente en el contexto en que el plato fue recuperado no aparecieron materiales de origen holandés, pero sí materiales sevillanos muy conectados a los tres centros míticos de la cerámica peninsular de los siglos del Barroco. Por una parte, Talavera de la Reina y sus lozas y azulejos policromos, modelos que tuvieron una clara repercusión en las lozas de Triana,

especialmente en las pintadas de varios colores. A ese género pertenece uno de los platos hallados en el mismo lugar que el que nos interesa, plato cuya estética está en los orígenes de la loza típicamente trianera que poco después sería llamada “de montería” por abundar en ella los motivos campestres y cinegéticos (FIG.4)



Fig. 4. Plato. Triana. Siglo XVIII. Hallado en solar 5, calle Taxdirt. Jerez de la Fra. Foto MAMJerez

Pero también apareció en el mismo contexto una preciosa jofaina sevillana de mediados del siglo XVIII, de la misma fecha en la que podemos datar el plato que hoy nos interesa (Fig. 5).



Fig. 5. Jofaina. Triana. Siglo XVIII. Hallado en solar 5, calle Taxdirt. Jerez de la Fra. Foto MAMJerez

Esta jofaina, decorada con un unicornio, pertenece a un género de loza azul que decoraban unos pintores de

lo loza de Triana que en los documentos se denominaban a sí mismos como “pintores de loza de Holanda” y esto es un dato de enorme significación que confirma tanto el éxito comercial de las lozas de Delft como los paralelos que vemos entre ciertas lozas sevillanas del siglo XVIII y las lozas de Holanda que imitaban las porcelanas que ellos mismos traían de Oriente desde el siglo anterior.

Tres tazones que, por cierto, desde el siglo XVII no llamaban así sino “borcelanas” por ser los de ese material los que pretendían imitar en loza, también formaban parte del conjunto de cerámicas aparecidas muy cerca del lugar donde fue hallado nuestro plato (Fig. 6).



Fig. 6. “Borcelana”. Triana. Siglo XVIII. Hallado en solar 5, calle Taxdirt. Jerez de la Fra. Foto MAMJerez

Y todas estas coincidencias nos conducían a analizar nuestra pieza en clave comparativa con las lozas de Holanda y es lo que hemos hecho de una forma muy improvisada pero con resultados que considero interesantes.

Los rasgos del plato

Pero vayamos por partes y analicemos la obra que hoy nos ocupa. Uno de los aspectos que interesa analizar es la forma de la pieza y en este caso hallamos que presenta un perfil de plato bastante convencional y, sin que entremos en detalles demasiado técnicos, podemos concluir que se trata de un plato muy habitual de loza trianera del siglo XVIII. No se aprecian a simple vista marcas de cocción y las medidas son también las habituales para platos de uso colectivo. Otro aspecto que suele interesar es el reverso que, en este caso, no tiene decoración y muestra el anillo de asiento bien marcado. Se percibe que está muy completo aunque las finas grietas visibles nos indican que estaba fracturado y ha sido cuidadosamente restaurado.

Pero, además de estos rasgos formales, llama la atención la estructura ornamental que el pintor dio a su

anverso. Un centro ocupado por un cuadrado en que se ve un pájaro de alas explayadas. Ese cuadrado se inscribe en otro, girado en 45 ° de cuyos lados y esquinas brotan ocho elementos vegetales que, a su vez llegan hasta el labio de la pieza.

Al igual que sucedía con los azulejos, también vemos en este plato de Triana una coincidencia con composiciones que vemos en azulejos holandeses, no ya del tipo clásico en el que el motivo queda inscrito en un círculo tangente al cuadrado de la pieza sino de un patrón modular y repetitivo que por su carácter giratorio podría haber servido muy bien, con leves modificaciones, para decorar nuestro plato (FIG. 7).



Fig. 7. Azulejos de producción holandesa. Siglo XVIII. Imagen tomada de un catálogo de ventas.

Y si analizamos en detalle los motivos, comprobamos que un rasgo que no se vincularía a Holanda sino a Triana es el motivo central. Las aves son un motivo muy frecuente en cerámicas de todo el mundo pero hay formas peculiares de representarlas y esta concreta tiene raíces muy españolas en Talavera y también en Triana. No olvidemos que Talavera fue precisamente el modelo de mayor prestigio seguido por los pintores de loza de Triana durante el último tercio del siglo XVII e inicios del XVIII, esto es, justo antes de que fueran los modelos holandeses los de mayor éxito.

Sin embargo, la costumbre de rallar internamente hojas y pétalos con líneas finas paralelas o explayadas radialmente, muy frecuente entre los ceramistas holandeses, se repite en este plato de Triana. También las flores con forma de tulipán, tan vinculadas al arte y a la vida de los Países Bajos, aparecen en este plato como probable influencia de aquel foco productivo.

Un rasgo muy infrecuente en la cerámica de Triana y muy habitual en la holandesa es la decoración “en reserva”, es decir, aquella que se ejecuta pintando de color el fondo y dejando recortada la silueta del motivo que así queda en el blanco del esmalte.

Y lo más original de esta pieza, como comentábamos al inicio, es su color oscuro entre el negro y el morado. El negro de manganeso ya está presente en la cerámica hispano-musulmana y lo vemos usado bajo la cubierta de vidriado, un procedimiento islámico que se prolongó durante la etapa cristiana como vemos en platos exhibidos en las vitrinas del Museo, platos decorados con pinceladas de manganeso, dadas bajo la cubierta de vidriado melado, teñido con óxido de hierro, o también verde, teñido con óxido de cobre.

El manganeso también sirvió la decoración cerámica en otros procedimientos como, por ejemplo, en la cerámica islámica esgrafiada y sin vidriar, especialmente frecuente en el reino mardanisí de Murcia donde estas piezas eran pintadas de negro y arañadas con un punzón para que resaltaran las líneas del color claro de la arcilla con que la pieza está fabricada.

También en el mundo cristiano medieval fue muy frecuente el uso de pinceladas de manganeso como vemos en los *socarrats* valencianos para techos.

Pero nuestro plato no está pintado de manganeso bajo la cubierta de vidrio sino sobre el esmalte opacado con estaño, un procedimiento que se inicia ya en el periodo islámico pero que dará sus mejores frutos en manos de los pintores de Manises, de Italia, de Flandes, de Holanda y de la Península Ibérica.

El morado es, por tanto, un color que se usa con frecuencia, junto con el azul, en la azulejería y la vajilla holandesa. El uso del morado, tan frecuente en Holanda, fue un fenómeno europeo que se manifestó al mismo tiempo en varios países. De hecho, fueron frecuentes no solo en Holanda sino también en Inglaterra aunque hay que recordar los vínculos estrechos entre la loza inglesa y la holandesa, vínculo testimoniado por el propio idioma inglés al llamar “delftware” a la loza aludiendo así a la ciudad más conocida por sus vajillas.

También en Francia vemos cerámicas pintadas en color púrpura. Son especialmente sofisticadas en su color las porcelanas de Tournai como corresponde a las sofisticadas formulaciones químicas de los fabricantes de porcelana.

La moda alcanzó, por supuesto, a varios centros españoles entre los que destacó Talavera de la Reina donde se mantendría la costumbre durante todo el siglo

XIX, y también en Cataluña durante el siglo XVIII se pintaron platos en color morado.

Pero hemos de decir que aunque la producción de piezas pintadas con morado de manganeso no fue muy abundante en Triana podemos aportar algunos testimonios de este hecho.

En la cerámica más común, con manganeso se pintaban platos, escudillas orzas y lebrillos con los mismos motivos que se usaban para ser decorados en azul. Fueron pocos los azulejos pintados en manganeso pero algunos se conservan en la provincia de Cádiz en una institución que, tal vez no casualmente cuenta con una colección maravillosa de azulejos holandeses. Me refiero al antiguo Hospital de San Juan de Dios (FIG. 8).



Fig. 8. Azulejo. Triana. Siglo XVIII. Colección privada Osuna. Foto cedida por el propietario

Los azulejos que pueden verse en la sacristía de su iglesia siempre llamaron mi atención porque no he hallado ninguno semejante en Sevilla pero son una indudable producción de Triana y guarda curiosas coincidencias con nuestro plato no solo el color sino la decoración de los motivos de las esquinas hechas en reserva.

Hace años fue subastado un pequeño platillo, tal vez soporte de una jícara para chocolate, pieza que está claramente relacionada con nuestro plato (FIG. 9).

Y tal vez la obra más atractiva de esta serie morada – que aporta, además, una variante en su decoración por mostrar una figura humana infantil– es una que



Fig. 9. Plato. Triana. Siglo XVIII. Imagen tomada del catálogo de AVALARTE (8-9 OCT 2014) 33 CM 385

paraba hace años en una colección privada catalana y que representaba a un niño de cierto aire “chinesco” que vemos frecuentemente interpretado en otras piezas decoradas en azul y en policromía (FIG. 10).



Fig. 10. Plato. Triana. Siglo XVIII. Colección privada Barcelona

Tal vez con esta breve digresión el lector podrá añadir el color morado a la imagen que popularmente tenemos de las lozas de Triana que asociamos más bien a

piezas pintadas con temas anecdóticos, a un rico colorido y a un aire lúdico y alegre, distanciadas del más austero que presenta nuestro plato. De hecho, no es la sobriedad un valor especialmente señalado en el arte de la ciudad del Guadalquivir sino la viveza y la alegría del vistoso colorido derivado del Barroco y, sobre todo, del rococó, estilo al que tanto debe esta ciudad.

Dr. Alfonso Pleguezuelo Hernández
Universidad de Sevilla

DESCRIPCIÓN

Plato de loza de Triana. Anverso con decoración “en reserva” pintando el fondo de color manganeso. El centro está ocupado por un cuadrado en que se ve un pájaro de alas explyadas. Ese cuadrado se inscribe en otro, girado en 45 ° de cuyos lados y esquinas brotan ocho elementos vegetales que, a su vez, llegan hasta el labio de la pieza. Reverso sin decoración. Muestra anillo de asiento bien marcado. .

Dimensiones

Diám. máx 35 cm; altura: 5; diám. base: 19,5 cm

Cronología

Edad Moderna. S. XVIII

Procedencia

Calle Taxdirt nº 5 (Jerez de la Fra, Cádiz). Intervención arqueológica preventiva realizada en el año 2008. Directora: Olga P. Macías García. Fecha de ingreso: 12/08/ 2008.



Bibliografía citada

- MACÍAS GARCÍA, O. P.: (2008) “Intervención arqueológica preventiva en la calle Taxdirt, nº 5 en Jerez de la Frontera”, *Anuario Arqueológico Andalucía*, 2008, pp. 840-843.
- PASTOUREAU, M. (2016): *Rouge, histoire d'une couleur*, LeSeuil, Paris.
- PLEGUEZUELO, HERNÁNDEZ, A. (1999): “Lozas y vida monástica: las vajillas de la Cartuja de Jerez de la Frontera (Cádiz)”, *Analecta cartusiana*, nº 150, Los cartujos en Andalucía, Tomo 2, 1999, pp. 245-272.